

Javier Sinay

EL SECRETO DE LOS SOBREVIVIENTES

¿Por qué algunos escapan a la muerte?

colección andanzas

MIRADA CRÓNICA



TUSQUETS
EDITORES

JAVIER SINAY
EL SECRETO DE LOS SOBREVIVIENTES
¿Por qué algunos escapan a la muerte?

TUSQUETS
EDITORES

PARTE I
PESADILLA

Tres noches atrás, Helio Neto temblaba en la cama, temblaba todo su largo cuerpo desde la punta de los pies hasta el último cabello, temblaba dormido en el sueño más real que jamás había soñado.

«Y te agarrabas muy fuerte», le dijo a la mañana siguiente su esposa, Simone. Helio Neto la miró con algo de desconcierto –o preocupación. Sus ojos eran de un color verde vivo, verde neón, y en el marco de su rostro anguloso semejaban los de un felino. Simone había tenido miedo de despertarlo. «Pensé que estabas viendo algo», siguió ella, «o luchando contra algo espiritual».

Era una mañana apacible en Chapecó, una ciudad modesta, un rincón del sur de Brasil, y esa serenidad contrastaba con la incertidumbre en la habitación: «Luchando contra algo espiritual», había dicho Simone. Las palabras quedaron flotando un rato y luego se esfumaron.

Helio Neto era (y es) la clase de hombre que podría haber estado luchando contra algo espiritual en un sueño, y aun contra el demonio, porque creía intensamente en Cristo. Había abrazado el evangelismo cuando, en Santos, había comenzado a ir a los encuentros de una iglesia que se llamaba Igreja Batista Central. Unos amigos lo habían

invitado: Rafael Cabral, Filipe Anderson, Bruno Peres. Hombres jóvenes sometidos a un trabajo con cierta presión, como él. Al principio no se había sentido atraído con lo que ocurría en la Igreja Batista Central, pero los amigos habían insistido. Después algo cambió, y él entendió que cuando los pastores comentaban la Biblia había una o dos cosas que lo cautivaban. El pastor Carlos, el pastor Wesley: con ellos Helio Neto entró en el mundo espiritual y de repente fue como si Dios le estuviera hablando directamente a él. Respondió, pasado un tiempo, con una ceremonia de bautismo.

Desde entonces la naturaleza de su fe se había vuelto cada vez más profunda y ahora era Neto quien organizaba reuniones donde muchas personas oraban. Él recitaba la Biblia de memoria, volvía a sus páginas una y otra vez, y le preguntaba a Simone, cuando ella le armaba la maleta para un viaje, si la había colocado dentro.

Pero no: tres noches atrás Neto no estaba luchando contra el demonio. El sueño era diferente a eso. En el sueño había movimiento. Él viajaba en un avión.

Iba con el equipo, tenían que jugar un partido. Él era el mismo que en la vida real: el jugador de fútbol al servicio del Chapecoense, un club que se había convertido en la revelación del campeonato. Era el hombre de familia. Era el padre de dos hijos.

Él era ese que había salido de Pavuna, Río de Janeiro, siendo un adolescente, empujado por el anhelo de convertirse en un deportista; era el que descubrió que para jugar al fútbol en Brasil había que vencer a miles; el que tiempo después, ya casi jugador, ya casi un hombre, se probó en

Grêmio y pasó cuatro meses entrenando en Vasco da Gama sin pisar la cancha; el que por fin debutó en un equipo llamado Francisco Beltrão y en los años siguientes vistió cinco camisetas porque el mercado tiene idas y vueltas; el que jugando para Santos erró un penal decisivo en una final contra Ituano y supo que después de eso nadie le renovarían el contrato. El que tuvo una nueva oportunidad en el Chapecoense. Él era Helio Neto.

En el sueño no había luna; el cielo era un telón ennegrecido. Llovía. De un momento a otro el vuelo se complicaba. Un ruido extraño ensordecía a todos los pasajeros, también a Neto. El avión empezaba a descender bruscamente. Peor: a caer. Caía y caía, y había pánico y espanto en la cabina —caía hasta que inevitablemente se estrellaba contra unos árboles.

Muchos morían.

Neto quedaba atrapado entre la chatarra, aún respiraba pero no se podía mover. Sin embargo, veía una puerta de emergencia iluminada y, por esas cosas de los sueños, simplemente se arrastraba hacia allí. Lograba abrirla, lograba salir.

Afuera estaba muy oscuro y muy mojado y muy frío, y todo era arbustos y bosque. Neto estaba cubierto de sangre, caminaba como podía. ¿Tenía miedo? ¿Era horror? ¿O la adrenalina se volvía más poderosa que lo demás? Neto miraba hacia el avión: ya no quedaba nadie. Entonces, detrás de él aparecían cuatro personas que brillaban intensamente. Sus rostros no se dejaban ver. Parecían ángeles, pero no lo eran. Eran otra cosa: eran sobrevivientes.

Entre los cadáveres de sus amigos, rodeado por los restos de las valijas y del fuselaje, Helio Neto gritaba: «¡Dios mío, hay gente viva!».

Se despertó.

PARTE II
MINUTO 48

Vi esta jugada decenas de veces —sé que va a terminar a lo grande, con peligro y confusión.

Alguien cabecea la pelota. Rebota en uno, rebota en su rival, hace una comba, cae a los pies de muchos. El área se vuelve pequeña, hay demasiados hombres. Las camisetas están mezcladas de un modo incoherente y no está claro quién es aliado de quién. Todo ocurre muy cerca del arco del Chapecoense.

Es la semifinal de la Copa Sudamericana del año 2016 y el partido de Chapecoense contra San Lorenzo parece el combate de David contra Goliat: un pequeño equipo del interior de Brasil contra uno de los cinco grandes de la Argentina. Solo que este David ya enfrentó a otros Goliats, a varios, porque en los últimos tiempos hizo un viaje hacia las ligas superiores con una sorprendente cantidad de victorias.

Minuto 48, segundo tiempo: ya no queda casi nada del encuentro y se impone el silencio en el estadio del Chapecoense, el Arena Condá. La pelota —que acaba de rebotar en uno, también en su rival, de hacer una comba, de caer a los pies de muchos— ahora se eleva de nuevo, gira y flota en el cielo ante los ojos de 17.569 espectadores. A todos los

hipnotiza como si fuera una bola de cristal, pero no revela el futuro.

El director técnico Caio Júnior se lleva las manos a la cabeza: una jugada como esa puede ser mortal para el equipo brasileiro. Hace cinco o seis minutos que San Lorenzo ataca sin pausa. El estadio se inquieta. La victoria está demasiado cerca para el Chapecoense pero un error puede convertirla en una mentira.

Minuto 48, segundo tiempo: en el banco de suplentes del Chapecoense algunos gritan, otros se muerden los nudillos, todos están poseídos, nadie se queda sentado. El arquero sustituto Nivaldo pisa la línea de cal que limita la cancha, como si quisiera entrar a jugar, y en su mente se enciende un *loop* irrefrenable: «*Cara*, ya falta muy poco, entonces sí vamos a ir a la final... nosotros vamos a ir a la final... vamos a ir...». Nivaldo es un héroe del Chapecoense con muchos partidos en su foja de servicios, con muchas victorias, y fue prudente a la hora de soñar pero ya no lo es. No hay forma de serenarse.

Vi esta jugada decenas de veces —el coliseo arde.

El entrenador Caio Júnior les había pedido a sus hombres que no se fueran del campo con remordimientos, que lo dejaran todo, que jugaran con el corazón. Por su equipo, por su ciudad, por su familia. Con las palabras grandilocuentes que usan los directores técnicos, había estado ofreciéndoles la posibilidad de la gloria: podían hacer historia, iban a hacer historia.

Una moneda es lanzada al aire y cuando cae las posibilidades son dos: o es cara o es ceca. Una pelota se eleva sobre el área y, cuando llega, las posibilidades parecen infinitas.

¿Qué importancia tiene que ahora sea la noche del miércoles 23 de noviembre de 2016?

Vi esta jugada decenas de veces —sé que algo va a pasar en este instante, en este minuto 48, en este segundo tiempo.

Es el triunfo y es el desastre.

Es la gracia y es el dolor.

Es quizás ese «secreto trascendental» al que se refirió un antiguo monje llamado Mumon Ekai. O acaso sea lo que el campeón del mundo Jorge Valdano trató de poner en palabras cuando una vez dijo: «Este es un juego en el que, muchas veces, pasan cosas imposibles».